

La personalidad humana y espiritual del beato Chaminade

La Familia Marianista celebramos en el curso 2025-2026 el 25° aniversario de la beatificación del padre Chaminade, por el papa san Juan Pablo II el 3 de septiembre de 2000 en la plaza de San Pedro en Vaticano. Con este motivo, durante el presente curso dedicaremos la sección *Santidad Marianista* del boletín *Vía Latina* 22, al tema monográfico de la personalidad humana y espiritual del beato Chaminade. Pues sabemos mucho de su doctrina mariana, de su pensamiento sobre la fe, la oración, su proyecto misionero..., pero ¿cómo era Chaminade?; ¿quién era el hombre y sacerdote G. José Chaminade? Ante todo, Chaminade fue un “hombre de Dios”: un sacerdote que consagró su vida a Dios para evangelizar a las nuevas generaciones y reconstruir la Iglesia francesa, destruida por la tormenta revolucionaria.

“Hombre de Dios”, con esta expresión calificó el padre Juan Bautista Lalanne al padre Chaminade en el discurso tenido con motivo de la inauguración del monumento funerario del fundador en el cementerio bordelés de La Cartuja, el 14 de noviembre de 1871. Pues, como exhorta san Pablo a su discípulo Timoteo: “Tú, hombre de Dios, practica la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza. Combate el buen combate de la fe. Conquista la vida eterna” (1 Timoteo, 6, 11-16). En el sacerdote Chaminade brillaron las virtudes de la fe, la devoción a María, el celo apostólico y el ardor misionero; virtudes vividas en perfecta armonía con su personalidad, caracterizada por una “serenidad imperturbable”. Las tres cualidades de su carácter fueron la constancia, la fortaleza y la bondad.

Constancia y fortaleza que demostró con un valor heroico durante los años del Terror; motivo por lo que sus contemporáneos llegaron a llamarlo “confesor de la fe”. Más tarde, de 1800 a 1820, sostuvo la fundación de sus numerosas obras apostólicas con “incansable perseverancia”. Pero esta fortaleza y determinación no eran fruto de un espíritu rígido, sino que brotaban de un fondo humano y espiritual lleno de sabiduría. En todos los asuntos y negocios se comportaba con moderación y dominio de sí, con admirable calma, como él mismo solía repetir: “El Espíritu de Dios es muy activo, pero no es precipitado”. Cuando necesitaba tomar una decisión sobre un asunto, acudía a la capilla de la Magdalena a postrarse ante el Santísimo Sacramento; una vez seguro de conocer la voluntad de Dios, nada podía disuadirlo de la decisión tomada.



Decreto de milagro del padre Chaminade, el 20 de diciembre de 1999, en presencia del papa san Juan Pablo II en el palacio apostólico (Vaticano). De izq. a dcha. P. Enrique Torres, S.M., postulador, P. David Fleming, S.M., superior general, y Sr. Blanca Jamar, FMI, superiora general.

Chaminade reunía cualidades en apariencia contrapuestas: la dulzura y la ternura paternal con la firmeza más enérgica; el coraje y la santa audacia, junto con la humildad más sincera; la prudencia con la simplicidad; la austeridad con la amabilidad; la discreción junto a una franca apertura de su alma a sus colaboradores. Se distinguía por su moderación: era austero en el comer, moderado en su vestido y en su habitación, pero siempre limpio y aseado.

Fue un sacerdote muy significado en la ciudad de Burdeos; aun cuando no poseía grandes dotes de orador, pues su palabra era lenta y más bien confusa [“embarrasée”], con un tono un poco monótono; no le gustaba actuar en público y, sin embargo, fue un gran director de hombres. Atraía a los fieles por “el encanto de su caridad”, dice el padre Guillermo Bel, y el padre Demangeon lo llama un “charmeur d’âmes” (encantador de almas), gracias a su corazón lleno de bondad y a la inalterable serenidad de su carácter afable y acogedor. Una amabilidad que desplegaba, ante

todo, con las gentes más humildes (criados, subordinados, pobres...) y las almas más abandonadas del mundo, como se vio en su preocupación por salvar a las jóvenes caídas en la lacra social de la prostitución.

El beato Chaminade poseyó una intensa vida interior y un profundo espíritu religioso, expresado en abundantes devociones personales aprendidas en las Reglas de la Congregación de Sacerdotes de San Carlos, en Mussidan: visitas al Santísimo Sacramento, al altar de la santa Virgen, la recitación del Credo, devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la Pasión de Nuestro Señor, que no separaba de la Compasión de María; a san José y a la Sagrada Familia. Por eso quiso que san José fuera su Patrón y el día de su confirmación cambió el nombre de bautismo -Guillermo- por el de José. También la devoción al apóstol san Juan, hijo predilecto de la Virgen. Otras devociones eran la fiesta de Todos los Santos y de los Ángeles Custodios.

El sacerdote José Chaminade vivía en un estado de habitual unión con Dios y de oración continua. Don Eugenio Canette contaba que tuvo “la dicha de acompañar al Buen Padre Chaminade los jueves, mientras regresaba del Noviciado de San Lorenzo al Oratorio de la Magdalena; yo le llevaba el breviario, mientras él no cesaba de recitar el rosario y otras oraciones”.

La belleza interior de su alma se reflejaba en el atractivo de sus facciones. Sus rasgos faciales, ya de por sí distinguidos, poseían una serena belleza y una apariencia venerable, reforzadas por su carácter apacible y la modestia exterior, que inspiraban respeto y confianza a cuantos se le acercaban. El marianista José Fabriès afirma que el padre Chaminade “tenía un exterior amable, una fisonomía simpática, una dulzura permanente, maneras distinguidas y sencillas a la vez, de una acogida tan benevolente que le abría los corazones y los disponía a recibir la influencia de la gracia; a mí me fascinó completamente”.

En 1835, a la edad de 74 años, en su pasaporte se dice que tiene los cabellos encanecidos y que mide un metro, sesenta y ocho centímetros; sus facciones son agradables, con la frente alta y despejada, cejas grises, ojos claros-grises, la nariz y la boca de mediano tamaño y el mentón redondo y un poco alzado y el conjunto de la tez es clara.
